

DISERTACION
SOBRE LA LITERATURA EN GENERAL

Y

LA POESIA,

POR

ROBERTO ESPINOSA.



QUITO.

IMP. DEL CLERO, POR ISIDORO MIRANDA.

1881.

DISERTACION

SOBRE LA LITERATURA EN GENERAL Y LA POESIA. (*)

A mis respetables amigos los señores D. Pedro Fermín Cevallos, D. Juan León Mera y D. Julio Castro, literatos de cuenta.

ASUNTO.

Las antiguas tradiciones pusieron el origen de las bellas artes en la revelación divina.—La literatura es la genuina expresión de la sociedad, y la palabra medio eficaz para que aquella alcance su altísimo fin.—Las tradiciones nacionales son rico veneno para las investigaciones literarias, y el teatro, cuando bien dirigido, es escuela de buenas costumbres y de elevados sentimientos.—Se censura la temeridad de los autores que presencian en la escena cuadros corruptores.—La literatura, como reflejo de las ideas y necesidades de los pueblos, se halla sujeta á las mismas vicisitudes que éstos.—Error de ciertos literatos modernos en preferir la forma al fondo, y al contrario; ambos son indispensables en toda composición literaria.—La literatura considerada como auxiliar poderoso para fundar la filosofía de la historia.—La antigua Grecia; su cultura y adelantamientos literario y artístico; no fué imitadora sino original en sus creaciones; tomaba sus mejores inspiraciones de la mitología, la cual es, en los tiempos que corren, una tradición muerta.—Decadencia de esa gran nación; su literatura y filosofía pasaron á Roma.—De la poesía; origen celestial que la dieron los antiguos.—Sin inspiración, sin belleza y sin verdad no hay verdadera poesía; múltiple objeto de élla: Dios, la naturaleza y la humanidad.—Un materialista nunca será verdadero poeta.—El fin de la poesía es mejorar al hombre, y concurrir como auxiliar de la moral; se condena á los que suelen ponerla al servicio de las malas pasiones.—Necesidad de formar una literatura nacional.—Conclusión.

A lo extraño de ver en estos bancos sentado no ya al joven ardoroso y entusiasta, sino al hombre en cuya frente han ido dejando sus huellas indelebles el tiempo y las amarguras de la vida, será excusa,

(*) Esta disertación fué escrita por nuestro compañero de redacción, el señor don Roberto Espinosa, con el intento de leerla antes del examen que pensaba dar para obtener el grado de doctor en la Facultad de Literatura; pero los desgraciados sucesos ocurridos en la Universidad de esta ciudad, á fines del año próximo pasado, hicieronle dar de mano á su propósito. Hoy damos principio á la publicación de tan sustancioso escrito, en el cual campea, junto á la sana doctrina, la dición pura y gallardía de lenguaje.—N. DEL E.

señores, la afición y uno como culto que ha prestado, desde temprana juventud, á los estudios literarios. Confieso que aquel ejercicio libre, ameno y plácido ha constituido la ocupación preferente de mi vida.

Desde que una ley, sabia y liberal, cediendo á las exigencias y necesidades de la época, ha abierto desusada senda de adelantamiento para alcanzar, tirando por élla, título prestigioso y honorable, me he apresurado, en lo ambicioso y diligente como el primero, á obtener el grado de doctor en la facultad de literatura. Declaro que no sin confusión y justa desconfianza de mis flacas fuerzas y escasas luces, he venido aquí, á modo de novel actor, desgarbado y temeroso, con ser que de antemano, como en otra semejante ocasión, habéis sido benévolo conmigo.

Y pues que luégo debo hablaros de asuntos literarios, bueno y afinado será que verse mi razonamiento sobre el origen é importancia de la literatura, señaladamente en su aplicación á la divina poesía. Os presentaré uno á manera de bosquejo de la excelencia de los estudios literarios, que son la fiel expresión de las necesidades morales de un pueblo; de los beneficios que de ellos reporta la imaginación, y, echando mano de la historia, de las naciones donde haya campeado la literatura en todo su esplendor y gallardía.

No es maravilla que las antiguas tradiciones hayan puesto el origen de la poesía, de las ciencias humanas y áun de las bellas artes en la revelación divina, operada por medio de númenes superiores encargados de comunicarlas á los hombres. Bien se echa de ver que con esta fantástica creencia se ha querido exaltar los misteriosos orígenes de los partos asombrosos de la humana inteligencia, que han mejorado á los hombres y van asentando los fundamentales principios de la moral y del bien absolutos; alto, nobilísimo fin al cual concurren así los individuos como las naciones. De aquí que los insignes filósofos, poetas y legisladores fuesen aclamados como hombres divinos, mereciendo un respetuoso culto, que nunca se tributaba á otro linaje de personas. Y no de otra suerte, que no sea por este justísimo tributo de admiración y perpetuidad, alcanzaron esos famosos operarios del porvenir el encumbrado título de fundadores del adelanto de los pueblos, maestros de las ciencias y las artes y guías de las venideras generaciones. Pero entre aquellas especulaciones del humano entendimiento, ninguna, desde oscuros tiempos, mereció tan alta nombradía como la literatura; y á los hombres que á su estudio se consagraban fué que señaladamente les apellidaron las gentes *lumberas del mundo*.

Puede ser muy falsa y mezquina la idea que se tuviese de la literatura, si se la considerase aislada y sin traer á la cuenta su afinidad y necesarias relaciones con los demás elementos de la vida social. Tiempos hubo, en verdad, en los cuales no se veía en las especulaciones literarias más que inocente recreo de mentes desocupadas, sin darlas conexión ninguna con los graves intereses y encumbrados fines que ocupan la existencia del hombre. Cierto, que tal aconteció con la literatura superficial y de gabinete en pasados tiempos; y podemos afirmar, sin intención de duda, que la constituían versos voladeros y de ocasión, sin otro adorno, para halagar la imaginación, que los lugares comunes académicos y la frase pulida y elegante. Visto se está que

estas producciones jamás ascendían á la purísima y luminosa serenidad que resplandece en las obras de verdadera inspiración. No se os esconden, señores, que áun hoy en día, aparecen esos partos que sólo alcanzan á comunicar pasajero aliento de vida, como que son creaciones de la desordenada imaginación y de las exigencias del momento.

Empero hay una literatura, que bien podríamos llamarla *activa*; ésa que da elevación á las ideas, y que la forman la inspiración, el estro y la fantasía; ésa que se mezcla en todos los acontecimientos de la vida humana, ya prósperos, ya adversos; ésa, en fin, que se relaciona con todos los intereses y pasiones de la sociedad, en cuyo seno reside y alienta, y que necesario es buscarla en el conjunto de los grandes intereses que animan el mundo político. ¿No la constituyen, por ventura, los discursos pronunciados en las tribunas y plazas, las graves y austeras enseñanzas de los ministros de la Religión y las especulaciones de la filosofía? ¿No son parte de élla, y muy principal, los cantos del poeta, las relaciones de la historia, los periódicos y hasta las confidencias de una íntima correspondencia epistolar? En suma, ¿no la vemos revelarse diariamente en todas las manifestaciones de nuestro espíritu?

La literatura, así considerada, viene á ser la grave y majestuosa voz de un pueblo culto y libre, con la cual manifiesta las necesidades de su existencia moral ó intelectual, y guarda las ideas, y sentimientos y pasiones encontradas que agitan á los hombres sin descanso. A manera de lazo común de las inteligencias, élla interpreta las opiniones y pugnas, gustos y errores de las pasadas generaciones; lega este como depósito á las edades subsiguientes, y, cual un espejo fiel, refleja la imagen de los siglos que nos han precedido, y hace columbrar los futuros destinos de los pueblos. En este concepto, la proposición tan general de que la literatura *es la genuina expresión de la sociedad*, viene á ser clara y precisa. No, sinó, ¿quién dudará de que ésta y las artes de un Estado no sean la manifestación de su vida moral ó intelectual, es decir, de las necesidades más levantadas de su naturaleza? ¿Quién no verá en élla el lazo estrecho, la identidad de aspiraciones y la fraternidad de los ciudadanos? Allí encontraréis necesidades de la imaginación, que concibe y realiza lo bello en las artes; necesidades de la inteligencia, que busca lo verdadero en la conciencia humana por medio de la filosofía, compañera inseparable de la literatura, y en el mundo exterior, por medio del estudio de las ciencias físicas; necesidades del sér moral, que tiende á practicar el bien, á simbolizar el infinito en los preceptos religiosos y á asentar la idea de la justicia universal, necesario elemento de las instituciones políticas, de la familia y de las relaciones de los hombres entre sí.

Pero sin la palabra, sublime y altísima revelación, emanada del seno mismo de la Divinidad, bien se echa de ver, señores, que nada, en orden á lo que llevamos dicho, existiría, como quiera que élla constituye el principal y preciosísimo dón con que Dios quiso curiquecer al hombre, su creación predilecta. La palabra, digo, expresada con la debida propiedad en la lengua propia, es la que da forma, y vida y movimiento á las concepciones de la imaginativa y vasto poder para alcanzar cuanto se desea, ya se la mire reflejada en los admirables versos de ingenios peregrinos, ya en grandiosas estatuas y monumentos de pasados tiempos, ya, en fin, en las dulces melodías de la música, el idioma de los ángeles. "Así, siempre y en todo caso (permítasemo valernos aquí, para acabarar mi idea, de elocuentes expresiones de un esclarecido

crador de estos tiempos), cuando queráis conocer la fuerza vital de un pueblo, ninguna otra investigación podrá descubrirlos mejor que aquella que se ejercite sobre la forma de su palabra, y por palabra entiendo la que habla, así en los sillares y cornisas del Partenón, en el mármol de Laoconte y del Apolo, en el gran muro de la capilla Sixtina y del Vaticano, como en los versos de la Ilíada ó de la Divina Comedia; por la boca de Job, de Edipo, de Prometeo, de Hamlet ó de don Quijote; en la vibrante plegaria de Stradella, en las obras de Mozart, de Beethoven y de Rossini, ó con la voz del Gran Demócstenes que todavía desde la roca de la tribuna ateniense resuena en las almas encendidas por el santo coraje del amor á la patria, y ondula viva y ardiente en el seno de nuestra civilización al través de veinte y dos siglos."

El cuadro que nos ofrece el pasado, á falta de una acción actual, proporciona al hombre pensador noble y archisano asunto para sus intelectuales investigaciones; de aquí el principal interés y mayor encanto que nos prestan las tradiciones nacionales. Costumbres de la historia, inmenso campo donde se retrata fielmente lo pasado y se refleja, del propio modo, lo porvenir, porque nos muestra el campo de la vida humana en grandes proporciones; da pábulo á esa activa necesidad de obrar, que está como constituida en nuestra alma, representándonos las épocas notables que ponen en escena las pasiones ardientes y los grandes caracteres que han jugado importante papel en los públicos acontecimientos. La imaginación, en suma, al modo de hada bienhechora, viene como poderoso auxiliar, ofreciéndonos un mundo ideal, muy mejor que este real que nos sustenta, y donde hallamos seres más perfectos, y larga serie de aventuras que desbaratan la tediosa monotonía de nuestra inactiva existencia. De aquí, señores, el placer que nos causan las leyendas y las representaciones dramáticas.

Pero el encanto de las buenas representaciones estriba en la que nos presentan embellecida imagen de la vida; éllas nos trasportan á un mundo ideal donde las facultades del hombre se desenvuelven y obran con más libertad y eficiencia; donde los seres que lo pueblan despliegan más vigor, así en la práctica del bien como siguiendo la aviesa inclinación al mal, y donde, finalmente, los acontecimientos, saliendo de la estrecha esfera de nuestras cotidianas costumbres, abren archisano campo á la actividad humana. Allí los sueños de la imaginación se realizan; allí se encuentran corazones formados para el amor y la amistad; allí gloria ninguna parece inaccesible. De aquí, señores, ese delicioso sentimiento que alienta y avigora nuestro espíritu.

Quien dijo que el principio de las bellas artes es el fastidio, como pañero obligado de la existencia, entrevió una profunda verdad, en cuanto se relacionan con los misterios íntimos de la naturaleza humana. ¿De dónde proviene ese fastidio abrumador sino de que nada aquí abajo satisface al hombre, que busca ávido y sin tregua un mundo mejor y más hermoso? De esa necesidad que todos sentimos de escapar del mundo real, y refugiarnos en otro de encendidos anhelos y amorosas ilusiones, emana la afición que nos lleva á las representaciones teatrales, donde se ofrecen á la vista, en abultadas proporciones, los ordinarios acontecimientos de la vida, viniendo á ser como suplemento á esta monótona existencia á que el estado social nos tiene sujetos. Las pasiones todas, activas, fuertes y tumultuosas, que la sociedad refrena, y los sentimientos generosos que de éllas emanan en ocasiones, hallan cabida en aquel mundo imaginario, donde impera el poeta con absoluto

escénico. El rico, desahogado por goces para él harto fáciles, y el hombre del pueblo, fatigado por sus cuotidianas labores, van á buscar en el teatro nobles y subidos sentimientos. El sacrificio que lleva al heroísmo y la santa abnegación, la blanda ternura, el puro y encendido amor, en fin, la verdadera fuerza del alma, allí se buscan y sólo allí se encuentran. A la verdad, señores, harto culpables son los que, en vez de aprovechar de tales disposiciones para alcanzar un fin moral, maucellan, y dañan y corrompen las almas con la desvergüenza de sus cuadros obscenos y corruptores. No se os esconderá que en tales representaciones se ahoga el espíritu avasallado por la materia, si así valo decirlo; insustanciales, groseras, perniciosas escenas donde el vicio, desnudo ó mal ataviado, seduce á la incauta juventud. Y á lo, que á la generalidad del moderno teatro comprende nuestra censura; lo intrínsecamente bueno, lo delicado, eso que enseña deleitando, lo que habla al alma, que no tan solamente á los sentidos, forma la excepción. ¡Falta verdad que harto nos duele confesarla!

Con sobrada razón dice al respecto estas elocuentes palabras un crítico distinguido:—"Vemos hoy en la escena, que se santifica el honor que asesina; la liviandad que por todo atropella; que se representan como odiosas cadenas los dulces lazos de la familia; se condena á la sociedad por faltas del individuo; al suicida se da la palma del martirio; se proclama el derecho de rebeldía y se somete el albedrío á la pasión; se hace camino del arrepentimiento el mismo de la culpa; en fin, se niega la virtud, se niega á Dios?..."

Proscribáse inexorablemente de la escena todo linaje de licencia, escándalo ó impureza que tienda á envilecer á los espectadores; empleése en todo caso la verdad, con sus propios atavíos, limpia y natural, y será el fucundo origen de las bellezas artísticas y morales; échese mano del mal con parsimonia y tan solamente como medio, y del bien siempre como fin, pero entrambos revestidos de natural colorido y expresión. Entonces, y sólo entonces, será la escena lo que debe ser: escuela de moral y buenas costumbres que dogmatiza, corrige y retrata, y que, deleitando, ilustra y mejora á los hombres.

Dejamos ya expuestos, si bien someramente, los grandes beneficios que reportamos de la imaginación y de la poesía, que podemos llamarla hija suya. Si la literatura es, como no cabe duda, la fiel expresión de las necesidades morales de un pueblo, será imposible comprenderla sin averiguar y conocer hasta dónde se ha desenvuelto la vida moral de ese mismo pueblo. Sometida como se halla á las mismas vicisitudes y cambios que lo está la sociedad, no será inaccesible á las revoluciones y mudanzas del variable espíritu humano, como quiera que se halla compelida á seguirle en su camino, á reflejar las ideas y pasiones que agitan á los hombres y á participar de los intereses que les preocupan. De aquí que no podamos apreciar debidamente las producciones literarias y artísticas de una nación, sin confrontarlas con la sociedad de donde emanan, como que son su necesario resultado. Esto asentado, nos atrevemos á afirmar, sin vacilación ninguna, que estudiar la literatura de una nación, es compararla detenidamente con su existencia en todas sus manifestaciones, en su filosofía y religión, en sus instituciones y costumbres, en su historia y tradiciones. El tipo eterno y vivo del corazón humano, invariable como la naturaleza, y la inconstante y mudable condición del hombre en el progreso y vicisitudes de los diferentes siglos que han corrido, deben ser la norma y regla

para valorar las obras del arte y del ingenio.

Descendiendo de estas altas consideraciones ideológicas, *necesario* es que traigamos á la cuenta, para condenarlo, un error funestísimo que anda válido entre muchos modernos escritores, y que tiende, nada menos, que á introducir la anarquía, siempre funesta dondequiera que se halle, en la regiones de la gramática y de la retórica.

Prurito es, y muy generalizado, el de preferir el fondo á la forma, ó lo que vale lo mismo, las ideas que entraña el escrito á la rigurosa observancia del conjunto de reglas ora gramaticales, ora retóricas. Errados andan, á nuestro juicio, los que tal cosa sostienen, y los censuramos cuando vemos que adrede así lo practican. Un gran escritor, que por lo mismo es autoridad harto competente en materias de lenguaje y de gusto, nos enseña que el fondo y la forma están enlazados por la naturaleza con indisoluble parentesco, y tanto, que "de cualquier manera que se separen, se llega con toda seguridad á la barbarie. Si las ideas se hallan forzosamente encarnadas en la forma, y son estas las primeras que, al modo de los objetos materiales, hieren los sentidos, ¿cómo degradando la una se elevará la otra? ¿cómo separar el signo del pensamiento, ó el pensamiento del signo? En su perfecta armonía estriban la belleza de las artes, el triunfo del ingenio y los verdaderos goces literarios."

En cuanto adorno del espíritu, agrega el mismo crítico, "la elocuencia requiere una correlativa y común madurez en las demás artes; y como medio de acción y persuasión, necesita de la violencia de las pasiones, del influjo de grandes intereses, ora populares, ora individuales: pero ni en estos aspectos, ni en ningún otro bajo el cual se la quiera considerar, puede ni debe jamás eximirse de la obediencia á los principios y reglas literarias; porque éllas no han venido á ser tales por la sola autoridad de Aristóteles ni Horacio, sino por la autoridad soberana de la naturaleza, que es el tipo invariable y eterno de lo bello."

La literatura, cual ninguna otra ciencia, contribuye poderosa y eficazmente á adelantar el gran trabajo que ocupa á los pensadores de nuestra época, es á saber: resucitar el pasado, escondido aún en las brumosas nieblas de lo dudoso, con su propio carácter, con su fisonomía propia, y fundar, sobre sólidos y permanentes fundamentos, la filosofía de la historia. Vosotros conocéis lo que hoy más interesa en el estudio de esta abstrusa pero amena ciencia: averiguar la vida real del hombre, su destino en las varias edades del mundo, y, ante todo y sobre todo, estudiar la condición moral del ser racional. Conciliando así el carácter propio de cada sociedad y la peculiar fisonomía de cada pueblo, viene á ser la historia una como serie de experimentos, á modo de operaciones matemáticas que hace en sí propio el género humano, y de las cuales el filósofo no hará más que sacar las necesarias conclusiones. El grande y valiosísimo servicio que prestará un día la historia literaria, será el de revelarnos los diferentes estados por los cuales han pasado el espíritu y la imaginación del hombre, transformaciones cuyas huellas ostensibles han guardado la literatura y señaladamente la poesía. Pero las modernas labores del prehistorisismo que audaz intenta descubrir lo desconocido, descifrar lo indescifrado, son como sublimes desvaríos, donde la verdad se encuentra confundida con la ficción y de donde, á la postre, sólo se sacará duda y perplejidad para la mente.

Buscad en la historia la sociedad que más se haya aproximado al:

tipo ideal de la belleza, y que ofrezca el desenvolvimiento más libre y armónico de las facultades humanas, y tendrías necesariamente que encontrarla en la antigua y culta Grecia. Nada en ella estaba en el libre vuelo de la actividad, y no tan solamente la poesía, mas también las artes y la filosofía, siguieron un camino uniforme, un adelanto progresivo y natural. Allí florecieron á la par todas las ramas de la civilización: el arte de la guerra y la política se perfeccionaba juntamente con las bellas artes, la estatuaria, la pintura y la arquitectura. Esquilo, después de haber batallado en Maratón, como esforzado guerrero, alcanzó en noble palestra el premio de la tragedia. Sorprende, á la verdad, cierta identidad que se observa, y una como semejanza de familia, si así vale decirlo, entre sus poetas y oradores, filósofos y artistas. Platón y Fidias, Sófocles y Demóstenes, al través de las diferencias de genio y de los distintos objetos á que aplicaban su inteligencia, tenían entre sí una fisonomía común, que es como el sello del carácter nacional. Sobrado cierto es que los pueblos que no tienen una literatura nacional, propia y, hasta cierto punto, original, se hallan reducidos á triste condición. Grecia, señores, podría ser mirada, aún en nuestros días, como el modelo de perfecta civilización, si nouviésemos que reprocharle la odiosa y cruel esclavitud doméstica, y la no menos reprensible en que tenía á la libertad intelectual. ¡Triste condición la humana en la cual la absoluta perfección nunca se encuentra! (1)

En esa admirable nación griega, y particularmente en el pueblo de Atenas, dotado de exquisito gusto, los ínfimos artesanos se mostraban sensibles á las bellezas de la poesía, y un rudo campesino conocía que Teofrasto era extranjero: tal era la refinada pureza de su ática lengua. Ese pueblo, decimos, que tan felices dones poseía, pueblo único, original, nativo, á quien muchas naciones imitaron sin igualarle jamás, se perfeccionaba en los debates y en la actividad de la vida pública; encontraba vastísimo asunto á sus especulaciones intelectuales en una religión que animaba la naturaleza toda y cuyas ceremonias eran fiestas populares; en las grandes solemnidades de los juegos olímpicos, donde veinte repúblicas fieramente rivales, deponían las armas, dando tregua á sus querellas, para celebrar en común los magníficos triunfos de las artes y del genio creador. ¡Sublime y grandioso espectáculo, que si nuestra refinada civilización lo acostumbrara, la unión y la paz, el progreso y fraternidad de las naciones no fueran quizá vanos deseos y utopías, buenas sólo para ideadas y escritas, que no para practicadas!

La mitología pagana, que para nosotros es tradición muerta, uno como informe hacimiento de vanos nombres y de ficciones sin encanto, que el gusto moderno debe proscribir de todo en todo, era para los griegos la fuente de sus inspiraciones y el fundamento de su filosofía (2). Ello se ve singularmente en sus tragedias, magníficas

(1) Para confirmar mi aseerción, allí está el suplicio de Sócrates, y lo de que Atenas sustentaba en su seno obra de 422,000 habitantes, de los cuales solamente 20,000 eran ciudadanos, los demás todos esclavos. Hay, pues, la proporción de un veinte por uno.

(2) Nuestra opinión acerca de la mitología y de las peregrinas dotas de la onta nación griega, concuerda con lo que sobre este punto asienta el docto escritor, don Antonio Alcalá Galiano, en un erudito discurso leído en la Real Academia española. Reprocha este literato la manía de apelar á la mitología en tratándose de argumentos modernos, y agrega: "Impertinente y excesivo es el uso que por largos años se ha estado haciendo de ella, considerándola como necesaria de la poesía.—El conjunto de los poetas de una nación, debe llevar por nombre el de *Parnaso*; toda inspiración proviene de la *masa*; y no hay batalla sin que en ella sonase la trompa de *Marte*, ni borrasca sin que *Ebla* esaltase los vientos y *Nepituno* entumeciese las ondas, ni pasión amorosa sin que el ceguezuelo *Cupido* hubiese disparado sus flechas y herido con ellas á los enamorados, ni matrimonio sin que

derivaciones de las epopeyas del grande Homero; de Homero, ingenio sin segundo, que personificaba la Grecia artística, literaria y heroica. Pasmoso espectáculo, señores, aquel en que el trágico Esquilo saca á la escena las infernales Furias que persiguen á Orestes parricida; en que Sófoeles presenta á Edipo-Rey, errante y cargado con las venganzas del cielo y la execración de las gentes, buscando, desatentado, seguro en los bosques consagrados á las Euménides; en que Eurípides, con sus admirables representaciones, hace llorar y estremecerse á un pueblo entero. Estos autores ofrecen á la vista y consideración de todos objetos y personajes que armonizan con sus creencias y costumbres, y que, presentes siempre á sus ojos y en su mente, forman parte de su existencia. Pero aquellos recuerdos, aquellas tradiciones de su mitología, los invocaban aun en sus transacciones políticas. Demóstenes, ingenio peregrino, que consagró su altísima elocuencia á la defensa de la más santa de las causas, á la defensa de Atenas, su hermosa patria, respondiéndole cierto día á una grave acusación propuesta por enemigos encarnizados, principia y concluye su defensa por una invocación á los dioses y diosas del Olimpo. En Grecia, señores, encontramos todos los caracteres de una literatura nativa, original, única, que saca sus inspiraciones de los grandes infortunios de los hombres, de las catástrofes de los pueblos, de las humanas vicisitudes, en suma, del seno mismo de la sociedad que le da vida.

¡Inestabilidad de las cosas humanas! De aquella fastosa Grecia sólo nos guardan las catacumbas de la historia, la eclipsada memoria de su grandeza y de sus hechos, llevándonos á confirmar esta como tesis: las naciones, bien así como las familias, como los individuos, tienen períodos de grandeza y decadencia; períodos en que las artes y el saber viven y se mantienen en íntima y perfecta unión con el movimiento social, y otros en que, desconcertados el equilibrio y marcha armónica de los varios elementos sociales y políticos, las artes y todas las ramas del saber humano vienen á menos cayendo en lastimosa postración. ¡Que así por ignorados caminos se suceden, á la cultura y grandeza de los pueblos, épocas de postración y descaecimiento de sus vitales fuerzas, á lo que yo llamaría su decrepitud! En la decadencia de ese gran pueblo, y aún antes de que exhalara su último aliento, ya la literatura, la filosofía y las artes habían abandonado los aires del nativo suelo para ir á posarse en las colinas de la orgullosa y altiva Roma; de esa Roma que, sin ser nación esencialmente científica ni dada del todo á las bellas artes, alcanzó á producir un guerrero como César, un orador como Cicerón y poetas como Tibulo, Virgilio y Horacio; de esa Roma, señores, la altiva, la guerrera, domeñadora de sesenta y cuatro

encendiése su autortela *Ilimeco*, ni tuarte sin que interviniesen en élla las *Parcas*. Por aquí se hace la composición poética un trabajo á modo de obra mecánica, y los que se dedican al oficio de poetas, de allí escogen, escan, ordenan y colocan los materiales. Así, vino á serla mitología una como *Farmacopea* donde estaban apuntados los ingredientes para hacer las recetas.—Bella, hermosa era en su tiempo la mitología griega, como lo era todo en el arte de aquel pueblo, al cual concedió el cielo ingenio sin par, viva fantasía, idioma superior á todos cuantos han empujado los hombres, exquisito gusto, concepción cabal de la belleza, hasta en lo moral en gran manera, así como completamente en lo intelectual; pueblo al cual parece imposible exceder ó siquiera igualar, y que entre otras ventajas tuvo la de no haber sido imitador, y ha tenido la de haber obligado á los demás del mundo, sus sucesores, á imitarle.—Mr. Gernsz, literato francés y actual profesor de la Facultad de letras en París, en su obra de la *Historia de la Literatura*, abunda en este sentido, y de esta tierra absolutamente á la mitología como cosa rancia, desgastada y de pésimo gusto en nuestros días.—Mr. de Lamartine afirma, en una hermosa poesía, que los dioses del Olimpo pasaron ya, y añade:

Cherchez les dans la cendre de Rome!

naciones fieramente rivales entre sí, de la cual se dijo que había hecho del orbe entero una sola ciudad:

*Fecisti patriam diversis gentibus unam
Urban fecisti quae prius orbis erat;*

de aquella gran ciudad, en fin, de quien se pudo decir esta sublime frase de vosotros conocida:

Ante quien nada se postró la tierra.

Pero ya es tiempo, señores, de exponer algunas ideas, siquiera generales, tocante á la divina poesía, para dar cabal remate á este mal pergeñado discurso.

La poesía, esa flor inmaculada del sentimiento, embriagadora y celestial música del alma, que, al decir de un renombrado literato moderno, "es la más elevada y noble expresión del humano pensamiento," se alza con mucho sobre las habituales manifestaciones de éste; es sentimiento indescriptible, cuyos efectos se traducen en arranques subidos de entusiasmo, unas veces, y, en ocasiones, en vagas y melancólicas aspiraciones del alma, pero siempre en sublimes y encendidos anhelos de santo amor; aspiración hácia lo bello, lo perfecto, lo perdurable, que viene á ser á manera de alas con que el espíritu se remonta al cielo. Estaban en lo cierto los antiguos cuando no podían comprender á la poesía sino por la intervención directa de la divinidad.

En efecto, señores, en los trasportes poéticos como que no se pertenece el espíritu del hombre, impelido poderosamente por una fuerza superior y misteriosa que aspira á la concepción del tipo ideal de la belleza. Arte que en dulcísimos cánticos y misteriosas vibraciones proclama las obras de Dios, y que, en uno como ósculo de eterno amor, une en estrecha lazada á la finita criatura con la inmensidad del Creador; dulcísima esperanza que gime, que ruega, que se exalta suspirando por las plácidas auroras de una perdurable y dichosa vida.

La incansante labor del pensamiento; las alternativas de trasporte, de pugna, de desfallecimiento; los caprichos de la inspiración rebelde á la voluntad que, ora la solicita, ora la repudia; los repentinos raptos y los abatimientos imprevistos del espíritu; esas vicisitudes del trabajo poético, y esos choques tenaces y constantes, han concurrido á señalar á la poesía origen celestial. Ella es, señores, la melodiosa voz del cielo que, oída en la tierra, nos hace soñar en los contentos celestiales, y los poetas unos como instrumentos involuntarios de aquel misterioso comercio,

Que en celestial y mística armonía,
Cual si fuera del cielo arrebatada,
Sus cuerdas desatan dando al viento
En voces mil inextinguible *Hosanna*.

Este desco ignoto y activo que alienta vigoroso dentro de nosotros; estas aspiraciones secretas y vagas que abundan en subidísimos anhelos más que en palabras, inefables, impetuosas, magníficas; esos desbordes de suavísima ternura del amante y sensible corazón; hallan un intérprete fiel en la poesía, y tan áína, que quien los siente y de ellos se penetra, no tiene más que dejarlos fluir, obedeciendo al sentimiento que le agita, para ser poeta verdadero. El que se halla movido por tales sentimientos, expresando con palabras enérgicas, suaves y

armoniosas sus pensamientos, dará á la poesía aquella expresión magnífica y sublime, celestial y mística que gustamos á placer en las obras de Teresa de Jesús, la abrasada en los incendios del amor divino, del horaciano fray Luis de León, del profundo San Juan de la Cruz y de otros más célebres en los pasados y modernos tiempos.

Hay en nosotros un sentimiento íntimo, indescriptible, que nos lleva dulcemente á las serenas regiones del arte poético. Manifestación sensible de la idea por medio de la palabra, dulcísimas aspiraciones del alma hácia el Creador, anhelo constante á contemplar la hermosura en su triple manifestación: Dios, la naturaleza, la humanidad; y esc-sentimiento, cual mística armonía, eleva la mente y sumerge el alma en dulce placidez como del cielo. Hé aquí, señores, el arte poético, creación exclusiva del humano ingenio, que es, al propio tiempo, lira y cántico, y que da vida y animación á todos los objetos de la naturaleza. De aquí que sólo alcanzarán á ser grandes artistas, por medio de la palabra, de los pinceles, ó de los sonidos, como asienta un literato, los que se inspiren en el tipo increado de la Eterna hermosura. Pero es dado únicamente al arte poético eso de dar vida, y movimiento y multiplicidad á las ideas, fundiendo, por así decirlo, el espíritu con la naturaleza, y abrevándose en los manantiales de perenne vida, sólo destinada á pocos seres predestinados.

Y á aquel sentimiento vago y misterioso, activo é indefinible, han llamado los poetas *inspiración*, que, para nosotros, es la plenitud del pensamiento y la exaltación de las fuerzas intelectuales del hombre. De aquí, señores, que la poesía sin ese *quid divinum* de los antiguos no sea más que ruido armonioso y concertado de palabras, remedo informe de sentimientos no experimentados y confuso vacío de ideas. Tengo para mí que, demás de lo expuesto, jamás merecerá el nombre de poesía la que no estriba en la verdad de la naturaleza, en la verdad de las ideas, y en la verdad de los sentimientos: ¡sublime y grandiosa trinidad que constituye la esencia y el prestigio de aquel arte encantador y celestial!

Nunca llegará el poeta á una alzada y sublime creación sinó cuando, verdaderamente inspirado, levante el pensamiento con los vuelos de su imaginación á una esfera muy más alta que ésta donde se desenvuelve la vida prosaica y material que aquí llevamos: es que la belleza sensual, estímulo de almas vulgares y apocadas, no podrá satisfacer al verdadero poeta. Sólo desde las regiones ideales del espíritu abarcará, cual en anchísimo círculo, las ideas, los sentimientos, los vaivenes, en fin, las tendencias de la humanidad entera.

No se os esconderá cuán inmenso y múltiple es el objeto de la poesía, como quiera que el espíritu poético suele hallarse en contacto, como queda dicho, con tres diversos mundos: Dios, la naturaleza y la humanidad; y en estas tres excelentes é inmensas fuentes del arte poético se espacia, se abreva y embriaga. De aquí que siempre encontraréis á la poesía jugando importante papel, cuándo en los acontecimientos de la historia, cuándo en las vicisitudes y pasiones de la humanidad, cuándo, finalmente, en el inenarrable espectáculo de la naturaleza y en la contemplación del infinito poder del Creador. Así, pues, por la combinación y selección de esos varios elementos, alcanza el poeta á conmover el espíritu, á excitar la admiración, el terror y la simpatía, á arrancar lágrimas ó provocar la risa. Esto que acabáis de oír, lo resume admirable y sintéticamente el literato, señor Marqués.

de Molins, cuando dice: "La poesía, que es la más elevada expresión del pensamiento, ha de buscar en Dios, en la historia y en el corazón humano sus eternos manantiales."

Pero la fiel y servil copia de la realidad, sean los que se fueren el lenguaje y la forma que para él se empleasen, no alcanzará a constituir la verdadera poesía, pues nunca podrá aspirar á la alteza y predominio de sus partos si no creando, y tal creación estriba en la acertada elección y conjunto de los elementos de que dispone el poeta, y en la cabal concepción del idealismo. Sólo entonces reinará soberanamente la poesía, como quiera que nunca fué esclava, antes émula de la realidad, y cuyo destino es crear y seguir en sus creaciones, en cierta manera, los procedimientos de la Divina Inteligencia. Dios, ha dicho un ingenio esclarecido, es el poeta por excelencia, y su primer cántico es el Verbo, por quien todas las cosas fueron hechas. El, Supremo ordenador de todo cuanto luce y maravilla en la creación, ha señalado sus portentosas obras con el múltiple carácter de la inteligencia y la hermosura, de la estabilidad y la fuerza, en fin del amor íntimo. Los prodigiosos fragmentos que de su obra inmensa alcanzan á comprender nuestros sentidos, levantan el humano pensamiento á superiores concepciones abismándose en su infinita variedad: concibe en aquello que ya ve, y luego tiende á realizar lo que concibe. Ved, pues, el gran poder de la imaginación que, dando alma y vida á todos los objetos, penetra en los misterios á donde la razón nunca podrá penetrar.

De aquí, señores, que yo no conciba poeta verdadero en un materialista, por aventajado ingenio que posea, y por más que los del gremio le ensalten y dignifiquen. Cuando se quiera fundar la razón en el error, buscar la verdad en las tinieblas, la felicidad en las agrias verdades de la tierra y la belleza cabal en las cosas y objetos puramente materiales, luego al punto asistiremos á los funerales de la poesía. Bien se me alcanza que de la mente de un descreído ó de un materialista, nunca brotará una centella de verdadera inspiración. A punto estoy, señores, de afirmar, si bien con honda pena, que el reinado de la poesía nos es de este siglo en que vivimos, prosaico y calculador, egoísta y descreído cual ninguno quizás. Placer siento, y muy grande, cuando leo al sentimental Chateaubriand, al dulcísimo Lamartine, el poeta de la juventud, del amor y de las lágrimas, al profundo, al par que sencillo, fray Luis de León; no así cuando paro la atención en los llenos y sonoros versos de Alfred de Musset, de Byron, Víctor Hugo y Quintana. Es que los primeros hablan á mi espíritu, le conmueven y exaltan; los otros, que tan sólo hieren á mis sentidos, dejan la duda cruel y profundo desencanto en el corazón. Los tiempos de revolución, de licencia y descreimiento, que crían este linaje de literatura, han producido únicamente poetas y oradores que, con sus pensamientos sombríos y desesperados, desgarran el corazón postrando el ánimo y aniquilan el brillo suave de la estrella bienhechora de la esperanza que nos guía, por las veredas de esta mísera existencia. "Cuando la duda se convierte en negaciones, despedíos de las bellas artes," dice un hombre de seso. Los cantos que no emanan de un sentimiento apasionado y profundo, veraz y necesario, tendrán harto escasa vida, bien así como toda obra de circunstancias, de suyo efímera é inconsistente, que no sean la expresión de verdaderos afectos, en suma, que no conmuevan nuestro espíritu, deleitándolo.

Purificar y mejorar el alma con el grandioso espectáculo de la

belleza, poniendo en ella sentimientos de admiración, fortificarla con la pintura de las malas pasiones, miserias y grandezas de la humanidad, en una palabra, como blotarla vigorosamente para impelerla, guiada por la fe, hácia mejores destinos, será siempre el nobilísimo fin de la poesía; y, cuando así, será también el poderoso auxiliar de la moral y el mejor instrumento de civilización. No se os esconderá, señores, que sin la poesía, la humanidad, encorvada siempre á la tierra, desde su caída funesta, comprimida en el estrecho círculo de las necesidades físicas y de los materiales intereses, sería no más que el complemento del reino animal, y nunca la eterna y sola intermediaria entre Dios y la naturaleza. Así, ¡cuán ciegos son los que la desconocen y mancillan, cuán culpados los que la degradan y desnaturalizan! ¡Y qué diremos, señores, de aquéllos que, harto á menudo, suelen ponerla al servicio de mezquinos intereses y de pasiones bastardas! ¡Qué de aquéllos que hacen de la poesía instrumento de blasfemia y corrupción depravando y enervando al hombre! *Corruptio boni pessima* se ha dicho con sobrada pero dolorosa verdad, y aplicando á la poesía, ó más bien á la literatura en general este antiguo y sabio apotegma, veréis que, cuando así, sus resultados son funestísimos y terribles.

Acaso la historia, en sus relaciones, no registra un siglo más utópico y dado á los desvarios de la imaginación que éste al cual hemos alcanzado. Imágenes brillantes, lujoso atavío, amaneramiento en la forma y nuevos y elegantes giros, es lo que á menudo observamos en la poesía contemporánea. Bien sabido es que el análisis frío y material y la labor más bien mecánica que no resultado de un vivo afecto, alejan el sentimiento, la inspiración y los vuelos de la ardorosa fantasía. Tan sólo un corazón suavemente inflamado al vivificante calor de la fe cristiana, que se eleva y exalta con la consoladora esperanza de mejor y perdurable vida, sentirá de una manera blanda é inefable, y podrá traducir en dulcísimos cánticos, aquellos castos, indefinibles afectos que de su alma y corazón se enseñorean. Con sobrada razón exclama un autor esclarecido: "¡Desgraciado del poeta que separa lo bello de lo bueno, y hace de la literatura en vez de un apostolado social, instrumento de elogios venales ó de impúdicas distracciones!"

Dijimos ya que los pueblos que no se han formado una literatura nacional, propia y, hasta cierta medida, original, se hallan reducidos á pobre condición. Tiempo es ya de que esa porción escogida de nuestra juventud, que se levanta inteligente, ambiciosa de ciencia é inflamada en nobilísimo ardor, tire por el no muy frecuentado sendero de las buenas letras y llegue, con perseverante y fructífera labor, al andar de los tiempos, á formar y establecer una literatura patria. En la época actual como que las inteligencias se desenvuelven con pasmosa precocidad, dando, harto temprano, bien sazonados frutos. Tenemos ya valiosas producciones, de índole enteramente nacional, de nuestros más aventajados literatos (1). Está, pues, el camino señalado, y hoy, más

(1) De las varias obras que lleva escritas y publicadas D. Juan León Mera, acaso el literato más distinguido y laborioso de nuestra patria, sobresalen, entre otras enalidades, por su índole nacional, *La virgen del sol*, y la incomparable *Cunandú*, que justamente ha merecido entusiastas elogios de la prensa americana y europea.—D. Julio Castro lleva publicados los romances intitulados *Benito el torador* y *Un matrimonio en mi barrio*, en los cuales campean á maravilla el delicado chiste, naturalidad y elegancia de dición.—*La hija del Shiri*, de D. Quintiliano Sánchez, nos recuerda los romances de Góngora. Lopa de Vega ó Saavedra: tales son la destreza y donosura con que el autor maneja la lengua y la fluidez y sonoridad de sus versos.—Tenemos entendido que D. Luis Cordero y D. Tomás Rondón han escrito, igualmente, algunas obras de carácter nacional.

que en pasados tiempos, contamos con una muchedumbre de jóvenes inteligentes, estudiosos y de febril actividad, cuyos trabajos literarios nos sorprenden agradablemente (1). La generación que se levanta está llamada á labrar la ventura de la patria. Si nuestros padres nos conquistaron independencia y libertad, y si no queremos que sean estériles sus sacrificios, prestemos, señores, estímulos á la juventud y demosle buenos ejemplos, que así, no lo dudéis, mejorará el estado y condiciones de nuestra sociedad, y vendrá sobre nosotros todo linaje de bienes, y se podrá decir con segura confianza: el Ecuador es nación civilizada.

Señores, bien podéis benévolos perdonarme lo poco que haya alcanzado en la indagación de las cuestiones que os he expuesto, así como también la poca destreza y escasos conocimientos que en éllo he manifestado, en gracia á mi anhelo y constante inclinación al estudio de este linaje de ciencias que, como ilulcísima manía, ha ocupado los mejores años de mi vida. Acometí la empresa con acabada voluntad, si bien con la convicción de salir desgarrado y como justador corrido de este respetable palenque. Pero hay inclinaciones naturales que fuerzan, que urgen, que violentan la que se las opone, poderosa voluntad, y yo á éllas he cedido, y por éso me habéis visto en este sitio.

He dicho.

(1) Larga sería la enumeración de todos los jóvenes que en la actualidad se distinguen en el campo de las buenas letras; contentémonos con nombrar algunos: entre los más recomendables se cuentan Alfredo Baquerizo, Echeverría y N. A. González, Carlos Pérez, Leonidas Pallares, Illingworth y Gómez, Julio Arbolada, Crespo y Monje, Vázquez, Moreno, los Arizaga, Ordóñez y Moscoso.